

La construcción social del miedo y la conformación de imaginarios urbanos maléficos



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

José Fuentes Gómez*
Magnolia Rosado Lugo**

Resumen

El creciente protagonismo del miedo en las ciudades ha posibilitado la emergencia y difusión de imaginarios sociales que en la actualidad se han constituido como dominantes: los imaginarios maléficos, los cuales están asociados a la inseguridad, el riesgo y la violencia, situaciones objetivas que se experimentan en los espacios públicos de las ciudades medias y grandes, pero también resultan de proyecciones imaginarias, no por ello irrelevantes, donde intervienen múltiples factores. El texto analizará las condiciones, situaciones, agentes, procesos y medios que intervienen en la construcción sociocultural de los miedos, y las estrategias sociales de los pobladores derivadas de tales imaginarios.

Palabras clave: representaciones sociales, ciudad, espacios, violencia, inseguridad, actores, prácticas urbanas

Abstract

The growing prominence of fear in cities has enabled the emergence and dissemination of social imaginaries of evil that have, in the present, become dominant. These imaginaries are associated with crime, risk and violence, objective situations that are present in the public spaces of large and medium sized cities but which also spring from imaginary projections –albeit without making them irrelevant– where various factors are involved. This article analyzes the conditions, situations, agents, processes and means that are involved in the socio-cultural construction of fear, and the social strategies that urban dwellers derive from such imaginaries.

Key words: social representations, city, space, violence, crime, actors, urban practices

* Profesor-investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY).

fgomez@uady.mx

** Profesora-investigadora de la Dirección General de Desarrollo Académico de la UADY.

lrosado@uady.mx

Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el Segundo Coloquio Internacional sobre Imaginarios Urbanos, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 29 y 30 de noviembre de 2007, Ciudad de México.

Imaginarios urbanos, emergencia y desarrollo de un concepto central en el estudio de la ciudad contemporánea

A lo largo de buena parte del siglo XX varias disciplinas han recurrido al concepto de imaginario para estudiar problemáticas diversas: Freud, Piaget, Jung y Lacan en la psicología; Bachelard, Cassirer y Castoriadis en la filosofía; Duby y Le Goff en la historia; Durand y Duvignaud en la antropología; y Moscovici y Jodelet desde la psicología social –por mencionar sólo algunos–; han hecho contribuciones fundamentales para explicar fenómenos sociales a partir del análisis del imaginario.¹ Debido a la heterogeneidad de las cuestiones tratadas y la naturaleza de cada disciplina la noción de imaginario no es la misma; sin embargo, cada una de éstas reconoció la importancia del concepto como una herramienta adecuada para sus propósitos.

En la investigación urbana, la inclusión del imaginario resultó más tardía que en las disciplinas citadas. Hace dos décadas las referencias sobre dicho concepto eran prácticamente inexistentes o marginales. Algunos estudiosos europeos, como Richard Fauqué (1975) o Raymond Ledrut (1987), utilizaban la categoría para dar cuenta de la estrecha relación entre la morfología social de las ciudades, el conjunto de las prácticas efectivas que despliegan en el espacio urbano sus pobladores y sus representaciones imaginarias sobre la urbe (Delgado, 2007: 180 y 183). Pese a que estos trabajos pioneros relevaban la importancia de los imaginarios no lograron ejercer mayor influencia para motivar el interés por su investigación.

Hasta mediados de los ochenta del siglo XX existía poca receptividad en Europa por las cuestiones asociadas a las prácticas y representaciones urbanas, debido a la fuerte influencia de teóricos marxistas como Borja, Castells, Topalov, Harvey, entre otros, quienes enfocaban su atención en los problemas de los movimientos

¹ Abilio Vergara (2001) ofrece una amplia discusión sobre las formas en que el concepto de imaginarios ha sido formulado y utilizado en diversos ámbitos de las ciencias y las humanidades.

sociales urbanos, el papel del Estado, la democracia, la economía, la ciudad como mercancía o espacio de la reproducción de la fuerza de trabajo, y algunos temas más.² En tal contexto, lo urbano se concebía como una expresión determinada por el sistema capitalista y se privilegiaban las “instancias” en detrimento de los actores. Por ello no resulta extraño que las aportaciones de Fauqué y Ledrut no dejaran su impronta ni impulsaran investigaciones en torno a las representaciones sociales de los pobladores sobre lo urbano.

En dicha década, la influencia del marxismo en América Latina era notable. No obstante, en los años noventa, disciplinas como la antropología, la comunicación, la semiótica y la psicología social propusieron investigaciones para estudiar el espacio urbano desde otras perspectivas, incluyendo los imaginarios urbanos. Existen algunos factores para entender por qué este concepto tiene rápida aceptación en nuestros países precisamente en las postrimerías del siglo XX. Por un lado, su comunidad académica estaba sumamente interesada en la comprensión y explicación de los procesos culturales que ocurrían en sus principales capitales, cada vez más globalizadas, urbanizadas, fragmentadas e influidas por la expansión de las tecnologías de comunicación.

Por otro lado, las perspectivas teóricas de la economía, la arquitectura, el urbanismo y la sociología resultaban insuficientes para entender ciertos aspectos de los desplazamientos poblacionales, los nuevos rostros de la desigualdad, la emergencia de identidades y tribus urbanas, y la desterritorialización y reterritorialización de diversas prácticas culturales. Éste fue el contexto social que permitió la coyuntura para que en América Latina se exploraran y propusieran perspectivas originales y transdisciplinarias determinadas por la complejidad de sus problemas urbanos. Éstos, si bien compartían ciertos elementos con los de las metrópolis del Atlántico Norte, no eran iguales, pues mostraban particularidades derivadas de sus procesos históricos y composición sociocultural, así como de sus dimensiones espaciales, magnitud demográfica, estancamiento económico y altos niveles de desempleo.

Así, en la década de los noventa del siglo pasado, los investigadores de nuestro continente, influidos por los enfoques constructivistas y de la fenomenología, rescatan elementos de la psicología de la percepción, la semiología, la estética, la antropología y la comunicación social, para explicar el fenómeno urbano. Esta nueva perspectiva es relevante porque otorga especial importancia a los actores

² Una notable excepción en el pensamiento marxista es Henri Lefebvre, para quien la noción de producción va más allá de la mera reproducción económica, ya que debe dar cuenta de procesos, prácticas sociales, relaciones muchas veces conflictivas entre los grupos urbanos, representaciones en la organización social y espacial, etcétera (Lamy, 2006: 217).

urbanos al entenderlos como agentes dotados de recursos, habilidades y competencias para modificar los espacios que utilizan.

En estas circunstancias, el espacio urbano deja de analizarse desde perspectivas neutras e indiferenciadas y se trata como un objeto que siempre está en relación con alguien, por lo tanto debe considerarse el punto de vista de quienes lo usan (Lamy, 2006: 220). Esta posición, atenta a las prácticas de los actores urbanos, permitirá plantearse cuestiones que años antes eran invisibles en los estudios urbanos en nuestro continente, por ejemplo ¿qué y cómo percibe el actor el entorno urbano?, ¿qué evocan ciertos sitios y espacios?, ¿cómo elige los lugares para sus encuentros?, ¿por qué evita o prefiere ciertas zonas o calles?

Es de este modo como se sientan las bases para el estudio de los imaginarios urbanos. Entre los pioneros que elaboran, ponen en práctica y difunden este concepto en América destaca Armando Silva, quien esboza su propuesta en 1986 con el libro *Graffiti: una ciudad imaginada*, y la desarrolla de manera más profunda y sistemática en *Imaginarios urbanos en Bogotá y São Paulo*, publicado originalmente en 1992. En él logra captar, desde una *antropología del deseo ciudadano*, los modos de ser urbanos y deduce la creación de un nuevo urbanismo, basado en tensiones colectivas y psicológicas y en sus proyecciones sobre el uso y la evocación de las urbes. Esta obra propone un conjunto de conceptos y metodologías para definir y delimitar la ciudad imaginada y, con mayor amplitud, para el estudio de los ciudadanos como constructores de realidades urbanas.

La pertinencia de los imaginarios urbanos se hace evidente en 1998, cuando la Red Nacional de Investigación Urbana emitió una convocatoria para dedicar el número 46 de la revista *Ciudades* a su discusión y análisis. La respuesta de investigadores de América Latina y Europa fue muy buena. *Ciudades* seleccionó las contribuciones más relevantes, ofreciendo un panorama de los diferentes enfoques, metodologías y técnicas utilizados para su estudio. Los artículos revelaron la trascendencia de la diversidad de cuestiones relativas a los imaginarios urbanos que podían ser revisados (Fuentes y Morales, 2007: 97).

En el presente siglo, las investigaciones sobre imaginarios urbanos han generado una importante línea de pensamiento teórico que permite entender variados fenómenos sociales de las ciudades contemporáneas: sus procesos de segmentación y fragmentación, la pérdida de significación de lugares públicos tradicionales como las plazas centrales, la creciente privatización de espacios, y las estrategias ciudadanas frente a los altos niveles de inseguridad y violencia, por mencionar sólo algunos. Los estudios sobre imaginarios sociales se construyen a partir de complejos procesos donde intervienen las experiencias, la memoria selectiva, los medios de comunicación, la literatura, la percepción, la imaginación, la sensibilidad estética y la evocación (Fuentes y Morales, 2007: 97).

La legitimidad de la investigación sobre este tema ahora está fuera de duda. La proliferación de libros, ensayos, tesis, artículos,³ congresos e incluso programas de posgrado sobre la materia en universidades de México, Colombia, Chile, Venezuela y Argentina es prueba del reconocimiento de la subjetividad en el estudio de lo urbano. Pero el creciente interés por los imaginarios, como han advertido Daniel Hiernaux y Alicia Lindón ha dado lugar a “una notoria polisemia en torno a los principales conceptos de ese campo temático” (2007: 158). Por ello resulta pertinente definirlo operativamente, para luego enfocarnos a una modalidad particular de imaginarios relacionada con el miedo y la inseguridad en el contexto urbano, una característica que, como fantasma, recorre la mayor parte de nuestras ciudades.

Los imaginarios urbanos son, antes que nada, imaginarios sociales y, por tanto, la discusión teórica desarrollada sobre ellos resulta conveniente para intentar definir su esfera. De acuerdo con Pintos, los imaginarios sociales *están siendo*⁴ esquemas socialmente contruidos que nos permiten percibir, explicar e intervenir operativamente en lo que en cada sistema social diferenciado se considera realidad (2006: 31). En este sentido, son una de las variadas formas de conocimiento válido que se construyen y difunden entre los individuos, grupos y sociedades, y están relacionadas estrechamente con las ideologías y las representaciones sociales.⁵

Es oportuno recalcar tales relaciones, pues algunos estudiosos no las reconocen. Lindón y Hiernaux definen a la representación como “una forma de traducir en una imagen mental una realidad material no presente o bien una concepción” (2007: 158) y, por ende, soslayan la relación imaginario-representación. De esta forma, citando a Legros *et al.* (2006), proponen el imaginario como “una superación de la simple reproducción generada por la representación hacia la imagen creadora” (Lindón y Hiernaux, 2007: 158), y explican el imaginario como “un proceso dinámico que otorga sentido a la simple representación mental y que guía la acción” (Lindón y Hiernaux, 2007: 158). Ciertamente, tienen razón en su argumento, pero la relación entre imaginario y representación no se refiere a la simple representación mental, sino a las representaciones sociales en el sentido propuesto por Serge Moscovici y Denise Jodelet, quienes las conciben como construcciones dinámicas y más complejas.

³ El acervo conformado por más de 60 publicaciones sobre la temática que acompañó al seminario “Imaginarios urbanos en América Latina: archivos”, Barcelona, 2007, sin ser exhaustivo, es una buena evidencia de lo señalado.

⁴ El autor advierte que usa esta forma en vez de la canónica *son* para expresar el carácter temporal de su definición y evitar la idea de una determinada esencia, ser o naturaleza de los imaginarios.

⁵ Por razones de espacio no aludimos a la discusión teórica acerca del concepto de representaciones sociales; sobre éste remitimos a los lectores a los trabajos de Araya (2002), Mora (2002), y Vergara (2001).

Sostenemos la existencia de relaciones entre imaginarios y representaciones sociales desde una perspectiva de complementariedad epistemológica, siguiendo a Neyla Pardo (2006: 14). Coincidimos con ella en que las representaciones sociales conforman la ideología en cuanto su agrupación y organización puede originar sistemas de creencias capaces de orientar el comportamiento de los miembros de una sociedad desde el establecimiento de ideales. La ideología, por su parte, genera representaciones e imaginarios en virtud de sus nexos con otras ideologías, o por efecto de sus características, esto es, por su capacidad para regular y dar coherencia a saberes colectivos y ser marco de referencia para todas las formas de experiencia, determinando la conexión de la praxis humana y la permanencia de la acción (Pardo, 2006: 14). Por lo tanto, ideologías, representaciones sociales e imaginarios mantienen nexos fundamentales e intrínsecos.

El concepto de imaginarios urbanos es una herramienta que busca dar cuenta de los distintos sentidos y significados que las personas construyen socialmente sobre el fenómeno urbano. Su importancia obedece a que son mucho más que sólo construcciones mentales producto de imágenes múltiples, pues actúan como estructurantes de lo real y de las prácticas sociales (Vergara, 2001).

En este sentido, los imaginarios urbanos constituyen un elemento determinante en las relaciones que entablan los actores con otros actores y con el espacio urbano. Por tal razón, su estudio puede ayudar a comprender el funcionamiento de las estructuras profundas que organizan el funcionamiento de la sociedad, de un territorio o de una región. A través de estos imaginarios los diversos grupos sociales expresan clara o veladamente sus deseos o aspiraciones, las diferencias sociales, sus ansiedades, proyectos, utopías y temores relativos al espacio y vida urbanos (Fuentes, 2000: 82).

Por otra parte, autores como Natalia Milanés definen los imaginarios urbanos como un tipo de representaciones sociales “que se caracterizan por remitir básicamente a la construcción de sentido que tiene como objeto de apropiación simbólica el espacio de la urbe” (2001: 26). Sin embargo, cabe preguntarse a qué espacio de la urbe se refiere. Si por ello entiende a la ciudad física, es evidente que dichos imaginarios la incluyen, pero rebasan su superficie ocupada. En este contexto son relevantes los planteamientos de Silva, quien apunta que los imaginarios urbanos –como paradigma cognitivo– surgen precisamente en el momento en que es posible distinguir la ciudad de lo urbano, cuando ser urbano excede la visión de la ciudad y pasa a ser una condición de la civilización, más que la simple referencia de usar o vivir en un casco urbano (2007: 33).

Lo urbano requiere un espacio como soporte material, pero es necesario dejar de seguir pensándolo en relación inmediata con el medio físico. Como señala

Renato Ortiz, “espacio y tiempo son categorías que preceden a las ideologías y concepciones del mundo y varían con las sociedades a las que corresponden” (1998: 26). En la actualidad, el espacio presenta notables transformaciones como resultado del desarrollo tecnológico y la reducción de las distancias. Esto es particularmente visible con las tecnologías de información aplicadas a los servicios y los hogares, que modifican el espacio urbano, haciendo que adquiera nuevos significados al ser atravesado por mensajes que desterritorializan a las personas. Éstos generan prácticas y representaciones culturales que no forzosamente están arraigadas al medio físico.

En su aguda crítica al uso del concepto de imaginarios urbanos en los estudios culturales, Manuel Delgado enfatiza el papel de las prácticas urbanas en la construcción de los imaginarios. Citando a Richard Fauque (1975), señala que: “Ese imaginario que autoriza y define las condiciones de una lectura de la ciudad, no cae, por expresarlo así, del cielo. Tiene su razón de ser. Todos los hechos de que disponemos indican *que se levanta sobre esa base que constituye el conjunto de las prácticas espaciales efectivas que los habitantes hacen de los lugares urbanos*” (Delgado, 2007: 183; las cursivas son nuestras). Aquí aparece de nuevo la identificación de lo urbano con el espacio material de la ciudad y, en consecuencia, Delgado otorga primacía a los modos en que se utilizan los lugares. Empero, no debe soslayarse que hoy el espacio urbano va más allá de su materialidad física, y las formas de experimentarlo asociadas a él involucran flujos de circulación de información y mensajes electrónicos (mediante el cine y señales de radio, TV e Internet), conformando nuevas prácticas que ya no se limitan a las realizadas sólo en lugares físicos.

Los medios contribuyen cada vez más a difundir información y mensajes sobre la ciudad y lo urbano en los pobladores y, como menciona Silva, convierten la comunicación en sí en el sitio mismo de intercambio, donde se borra la diferencia entre el universo de lo real y el de lo representado, y con ello abonan materia simbólica para construir la ciudad imaginada (2007: 38).

Los imaginarios urbanos permiten reconocer la complejidad de la realidad contemporánea, ya que se refieren más a los procesos que a las situaciones o productos, constituyendo su condición articuladora la forma principal de su ser: es su condición de nexo entre el fluir psíquico y la cristalización simbólica lo que configura su dinamismo e inestabilidad creadora (Vergara, 2003: 13). Los imaginarios poseen características dinámicas con la capacidad de operar en las acciones, y reelaborar la realidad social y las dimensiones de la cultura urbana. Por ende no son construcciones inmutables, al contrario, se modifican a causa de los constantes cambios ocurridos en la sociedad y en los espacios urbanos, originando nuevas formas de relacionarse con ellos. Estas prácticas conducen a la elaboración

de imaginarios vinculados con experiencias placenteras o de goce; o que aluden a conflictos, *distopías* o miedos que afectan de algún modo a los sujetos y las formas de relacionarse con su entorno. Entre ellos se encuentran los imaginarios de la inseguridad y la violencia urbana, que en ciudades con muy altos índices de violencia pueden llegar a dominar los imaginarios urbanos.

Los imaginarios permiten conocer cómo viven y proyectan su urbe los ciudadanos, por lo que –no obstante su dimensión subjetiva– constituyen constructos sociales relacionados con el conocimiento de la realidad cotidiana. Así pues, los resultados de las investigaciones sobre los imaginarios deben ser considerados en la agenda de políticas urbanas, teniendo en cuenta los retos y riesgos que ello implica.

Los miedos y la construcción social de imaginarios urbanos maléficos

*Todos los seres humanos tienen miedo. Todos.
El que no tiene miedo no es normal...*

Jean-Paul Sartre

El miedo representa una de las emociones más básicas de los seres humanos y está asociado con muchas otras como la ansiedad, la angustia, el pavor y el pánico; todas ellas forman parte de las diversas modalidades que adquiere el miedo en los individuos y en las comunidades, pero también en las sociedades complejas. Psiquiatras y psicólogos definen la ansiedad como un miedo anticipado; es la vivencia asociada a la espera, al presentimiento o a la proximidad del peligro. La angustia es una ansiedad con numerosos signos físicos. Ambas aparecen “sin objeto físico”, el peligro todavía no existe pero produce miedo. El pánico, el terror, el pavor, son niveles de miedo que se caracterizan por una intensidad extrema que –he ahí lo importante– pueden sobrevenir en ausencia de un peligro, simplemente al evocarlos o preverlos, y logran hacer perder el control de quienes los padecen (André, 2005: 34).

Cabe destacar que no sólo las ciencias sociales enfatizan la importancia de la evocación como catalizador del miedo. Esa capacidad de la memoria para hacer aparecer lo ausente es justamente uno de los elementos centrales que alimentan los imaginarios urbanos maléficos. La evocación como efecto de la imaginación de los sujetos produce creencias, concepto que nos lleva al terreno de la cultura.

Como afirma Rossana Reguillo, podemos estar completamente a salvo y, sin embargo, ser presa de miedos profundos ante la imaginación de un mal; esa imaginación es parte del acervo de experiencias que comparten los colectivos sociales. Así, coincidimos con esta autora en que “los miedos son individualmente experimentados, socialmente construidos y culturalmente compartidos” (2006: 32).

Susana Rotker propone que una de las formas de aproximarse al estudio del miedo urbano “es tratar de leerlo como un texto: con omisiones, repeticiones, y personajes, con diálogos, suspensos y sus puntos y comas, escrito por los cuerpos de los habitantes de las ciudades” (2000: 7). Ese texto incluye múltiples párrafos y capítulos y da lugar a diversas narrativas urbanas, muchas de las cuales se ubican en áreas deterioradas de los centros históricos, las barriadas populares de las periferias o los cinturones de pobreza con déficit de equipamientos urbanos.⁶ Pero hay fenómenos que no se refieren a espacios físicos, ni a tiempos o ciclos acotados como los terremotos, los huracanes, o las amenazas reales o virtuales de ataques de terrorismo, entre otros. Los miedos se construyen a partir de experiencias y mensajes sobre condiciones objetivas y subjetivas donde participen diversos agentes y medios, como veremos a continuación. Por razones de espacio, nos enfocamos a los imaginarios relacionados con la inseguridad⁷ y la violencia⁸ en el ámbito urbano.

Condiciones objetivas y subjetivas generadoras de imaginarios maléficos

Las manifestaciones objetivas de inseguridad y violencia configuran representaciones sociales que moldean nuestras formas de percibir, imaginar y relacionarnos con espacios, sujetos, medios y momentos asociados a situaciones de peligro. Tales representaciones denominadas *imaginarios maléficos* no son ficciones, ilusiones ni fantasías; encarnan la tensión social y el antagonismo de clases. Son parte

⁶ Esta tendencia no es exclusiva de las grandes metrópolis y capitales federales. Hemos podido constatarla en la investigación sobre los niveles de inseguridad y violencia en Mérida, Yucatán, a partir del seguimiento de las notas de prensa a lo largo de 2001.

⁷ La inseguridad urbana concierne a cualquier situación percibida como riesgosa, producto de la violencia urbana, y donde se conjugan las actitudes, la evaluación y las posibilidades de ser víctima de la violencia.

⁸ Por violencia urbana entenderemos el uso de la fuerza física con intención de ejercer daños al patrimonio o a los bienes, lesionar o matar a otro, o bien atentar contra la propia integridad (del Olmo, 2000; Arriagada, 2002). También puede ser ejercida a través de prácticas simbólicas como el rechazo, el lenguaje verbal y no verbal. Se manifiesta mediante el robo a mano armada, amenazas, agresiones, golpes, secuestros, homicidios, violaciones, acosos, acontecidos en los espacios urbanos.

de la realidad cotidiana de los ciudadanos quienes los enfrentan y toman formas determinadas en función del estrato social al que pertenecen (Mandoky, 1998: 210-211).

Los imaginarios maléficos se construyen socialmente por medio de un proceso que incluye: *condiciones y situaciones objetivas* (aumento de robos en domicilios y comercios, asaltos, homicidios, secuestros –en espacios públicos y privados–, etcétera) expresadas en las estadísticas e informes sobre violencia urbana; *cualidades subjetivas* (experiencias indirectas con actos delictivos, informaciones estereotipadas, rumores y relatos de las víctimas); y *medios*, como la prensa, la radio y la televisión e Internet, que difunden a grandes audiencias noticias y mensajes sobre la violencia urbana.

De acuerdo con los fenomenólogos, la sociedad existe como realidad objetiva y subjetiva y, por tanto, ambas dimensiones deben ser analizadas para una comprensión adecuada de ella (Berger y Luckmann, 1979: 169). Una y otra moldean nuestros conocimientos acerca de los acontecimientos delictivos y se retroalimentan como resultado de los distintos tipos de información. La inseguridad y la violencia, en cuanto producto de la sociedad, poseen estas dos dimensiones y su estudio debe realizarse desde una perspectiva que considere sus mutuas influencias.

Hemos señalado que los imaginarios sociales permiten percibir, explicar e intervenir operativamente en aquello que en cada sistema social diferenciado se considera como realidad (Pintos, 2006). Pero una cosa es la realidad objetiva y otra la representación que se construye socialmente sobre ella, y en ciertos contextos el peso de ésta es mayor que el de la primera. En consecuencia, la representación de inseguridad de ciertos colectivos de la sociedad puede no coincidir con los indicadores de la realidad objetiva de la violencia,⁹ pero esto no impide que aquella se exprese de “manera real y concreta” a través de prácticas urbanas que dan cuenta de un imaginario maléfico.

La inseguridad objetiva regularmente se expresa en estadísticas que registran la cantidad de casos ocurridos en la ciudad. Mediante cifras se busca cuantificar los hechos criminales. Como forma primaria de acercarse al estudio de la violencia urbana, la inseguridad objetiva “trata” de proporcionar el número real de los delitos, su frecuencia, los tipos de víctimas y victimarios, los lugares de incidencia, su

⁹ Cabe mencionar el caso de Santiago de Chile, donde desde hace años las estadísticas demuestran que el porcentaje de delincuencia urbana ha disminuido abiertamente; no obstante, la ciudadanía continúa manifestándose insegura. Esto confirma que los datos objetivos no siempre acompañan a las subjetividades. Los imaginarios relativos a la violencia urbana se consolidan y cristalizan a tal punto que no es fácil erradicarlos (Lacarrieu y Pallini, 2007: 180).

temporalidad, etcétera (Noceti, 2005). Decimos que “trata” porque existe una proporción de casos que, por múltiples razones, nunca llegan a denunciarse, por lo cual no se registran.

Entre las “causas objetivas” que por lo regular se vinculan a la inseguridad y la violencia en las ciudades sobresalen las de origen estructural, político y social. De esta forma, la pobreza, las desigualdades económicas y de género, la represión política y la falta de oportunidades han sido ubicadas como generadoras del problema. Sin embargo, debe aclararse que la correlación entre desigualdad y pobreza e inseguridad y violencia no es absoluta, situación que deben tener presente los estudiosos del tema, para evitar explicaciones simplistas que reproduzcan imaginarios urbanos estereotipados como el de que los pobres son los responsables de la criminalidad.

Además de las circunstancias de la inseguridad objetiva, factores como la edad, el género y el aspecto, así como las condiciones y situaciones generadas por los propios sujetos, por ejemplo sus rutinas personales, su tipo de vestimenta, su clase social o estar presentes en *el sitio incorrecto con los sujetos incorrectos en el momento incorrecto*, influyen en las probabilidades de ser víctima de hechos violentos.

La inseguridad subjetiva ha sido menos estudiada que la objetiva, pero es fundamental para comprender la problemática de la violencia urbana. Por medio de ella podemos conocer las formas en que la población orienta sus prácticas y representaciones ante la probabilidad de experimentar algún hecho delictivo. Este carácter subjetivo se manifiesta “objetivamente” a través de las narrativas construidas por las personas para comunicar sus opiniones, juicios, valoraciones y actitudes. En ellas se entretije el acervo de conocimientos en torno a la inseguridad y la violencia alimentado por las experiencias directas o indirectas, reales o imaginarias.

El campo de la inseguridad subjetiva incluye el conjunto de representaciones que los individuos y los grupos sociales construyen sobre la violencia urbana, sus tipos, características y alcances que incluyen mitos y creencias, informaciones estereotipadas, temores reales e infundados (Romero, 2005: 148). Dichas valoraciones hacen referencia a una representación social o espacial a partir de diversos elementos y fenómenos que se desarrollan en el espacio material y virtual donde se desenvuelve el individuo y desde su posicionamiento particular, pero no se restringen a los espacios urbanos físicos, ya que involucran dimensiones sociales y temporales.

La dimensión subjetiva de la inseguridad y la violencia está relacionada con el *miedo imaginario*, es decir, con las situaciones, espacios y sujetos generadores de ansiedad y cuyo sustento es el miedo al crimen (Niño, 1998). Silva menciona

que el miedo a situaciones de inseguridad en la ciudad origina una selección y nuevos caminos para quienes la moran y es actualmente un elemento cada vez más estructurante en el comportamiento de la ciudad (1992: 194). En efecto, los imaginarios maléficos, como formas de conocimiento sobre el crimen y la violencia urbanos, no son simples construcciones mentales por las cuales se imagina o evoca la urbe. Se encarnan para dar lugar a formas, objetos, bienes y servicios (mercancías) –que dejan sus huellas en el espacio urbano–, y cuyo propósito es reducir las expectativas generalizadas entre los ciudadanos de ser víctimas potenciales de la agresión criminal.

Medios de comunicación: flujos, mensajes y agentes de los imaginarios maléficos

Investigaciones recientes confirman que los imaginarios del miedo constituyen uno de los tres imaginarios dominantes en la mayoría de las ciudades latinoamericanas.¹⁰ Esta situación generalizada, que ya no es exclusiva de las grandes capitales, obedece a situaciones y condiciones objetivas, pero también es resultado de la creciente influencia de los medios masivos de comunicación. Actualmente observamos la transmisión reiterada de la violencia como espectáculo, como objeto de entretenimiento, no exenta de una estética particular. Diversos productos y formatos (noticieros sensacionalistas, *realities shows* inspirados en la violencia, series de televisión, películas, novelas negras, etcétera) son prueba del protagonismo que tienen las industrias culturales como emisoras de mensajes sobre los miedos urbanos. En este contexto, violencia, crimen e inseguridad han dado lugar a mercancías que ejercen fascinación y atracción entre las grandes masas de ciudadanos, consumidores de dichos mensajes. Asesinos seriales de ancianos, mujeres, homosexuales; caníbales; secuestradores como Daniel Arizmendi –*El Mochaorejas*–; son los antihéroes que entretienen a los televidentes y a los lectores de la prensa sensacionalista de América Latina. Las narrativas del miedo ya no necesitan recurrir a las formas y personajes atávicos como el demonio, las brujas, los vampiros o naguales; la ciudad crea sus propios entes maléficos, más reales y monstruosos pero igual de atractivos. Y pueden ser nuestros vecinos. Los medios los muestran en nuestros hogares gracias a la televisión o a la prensa.

Los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental en la construcción de imaginarios maléficos al producir y difundir información sobre la delincuencia urbana saturada de imágenes. De manera especial, la prensa –en la

¹⁰ Armando Silva, comunicación personal, septiembre de 2007.

sección de nota roja o policiaca– describe los hechos violentos y ubica las zonas y lugares donde ocurren. Así, proyecta diversas imágenes sobre la vida urbana alimentando la construcción de múltiples representaciones generadoras de miedo e inseguridad sobre determinadas zonas y sujetos.

“La difusión de los niveles altísimos de hechos delictivos, que atentan contra la vida y patrimonio de las personas, sobre todo a través de la prensa, es pieza esencial en el sentimiento de inseguridad existente en la ciudadanía” (Leal, 1999: 393). Coincidimos con esta autora en otorgar mayor peso a la prensa que a los otros medios por su flexibilidad de llegar a diversos sectores sociales y, en consecuencia, adquiere mayor importancia como generadora y difusora de información sobre la sociedad y el espacio urbano.

En otro trabajo hemos señalado que la prensa ubica los lugares donde ocurren las noticias relativas a la inseguridad y a la violencia urbana y, al hacerlo en forma reiterada, contribuye a conformar imágenes de la ciudad, estigmatizando a espacios y personas que habitan en ellos (Fuentes y Rosado, 2006). La prensa proporciona información sobre lo metropolitano que sería difícil obtener sin acceso a los medios de comunicación, incluidos la radio y la televisión. Por ello, como apunta Miguel Ángel Aguilar (1998), provee material para imaginar y valorar a la ciudad, al mismo tiempo que convoca al lector a relacionarse de forma mediada con los *otros* e incrementa las diferencias sociales y simbólicas ya presentes entre los ciudadanos.

Los efectos y consecuencias de los imaginarios maléficos son múltiples y variados y se expresan mediante el despliegue de una gran cantidad de recursos económicos, políticos y sociales. Sobre la base de la ansiedad y el miedo de los ciudadanos se ha creado toda una industria que ofrece un amplio menú (de diferentes tipos y precios) de sistemas de seguridad privada para oficinas, comercios y viviendas; seguros contra robo de automóviles; autos blindados; nuevas formas de urbanización como los fraccionamientos residenciales cerrados con caseta y vigilantes (que no siempre se corresponden con los índices reales de inseguridad y violencia); agentes de seguridad privada; cámaras de video que monitorean calles y avenidas; y perros adiestrados para vigilar y proteger a las personas y sus propiedades.

Estereotipos, espacios y tiempos en los imaginarios maléficos

Como producto de las experiencias directas e indirectas, de los rumores, de fuentes de segunda mano, o mediante la información elaborada por los medios de

comunicación sobre la inseguridad, existe una tendencia a representar y clasificar los objetos, espacios y sujetos para estereotiparlos y, con ello, señalarlos e identificarlos dentro de un contexto social (Niño, 1998: 78). Los estereotipos generan formas de discriminar con acciones verbales y no verbales, e implican descalificar y segregar a personas y espacios; marcan fronteras de un grupo frente a otro, a la vez que patentizan las diferencias sociales. Poseen elementos de la realidad, pero también de componentes subjetivos ligados a las representaciones e imaginarios, en ocasiones infundados, de las personas sobre sus congéneres y su entorno físico.

Reguillo (1998) apunta que las actividades ilícitas como el robo o la delincuencia, entre otros delitos, se encuentran revestidas de un discurso moralizador que busca mostrar a los principales responsables de dichas actividades. Señalar a sujetos con ciertos atributos físicos o incluso fenotípicos es una forma de clasificación dentro de la categoría llamada *estigma*, referente “a un atributo profundamente desacreditador” (Goffman, 1996: 12).

Prostitutas, drogadictos, delincuentes, inmigrantes, vagabundos, mendigos, homosexuales, extranjeros; los que provienen de otras ciudades del país, son regularmente los actores urbanos más estigmatizados, a quienes se les reviste de características como ser “desgreñados, vestir ropas sucias y rotas, desfigurados, con cicatrices, feos, peganteros, con mirada intimidadora. Se tiende a generalizar que los pobres afean la ciudad y encarnan a los sujetos portadores de peligro e inseguridad” (Niño, 2002: 195). Así, los estereotipos sobre ellos se erigen como representaciones sociales que, de acuerdo con Moscovici (1997), permiten ir más allá del nivel de las relaciones interpersonales, del estudio de cómo un individuo es percibido por otros y de la explicación causal de la conducta.¹¹

Entre los personajes estereotipados destacan los jóvenes como presuntos generadores de inseguridad y violencia urbana. La participación juvenil en actos delictivos, y el despliegue de la mirada mediática sobre tales actos, crean imágenes que fortalecen los imaginarios negativos sobre este grupo social. A los jóvenes se les relaciona por lo general con la trasgresión, las drogas, la marginación, el peligro, hechos violentos y la delincuencia urbana.

Los inmigrantes, por su condición de foráneos –con modos de ser y prácticas sociales relativamente distintas de las de los lugares donde se establecen–, son considerados por los residentes como diferentes. Esa alteridad alimenta la elaboración de imaginarios maléficos que, en muchas sociedades, los cataloga como

¹¹ En la investigación de Fuentes (2005) se ofrecen varios ejemplos de personas de clases medias –entrevistadas en los centros comerciales– que argumentaban su desagrado respecto a acudir a los espacios públicos del Centro Histórico de Mérida debido a la cantidad de limosneros, borrachos y gente sucia, con aspecto desagradable, que les infundían miedo.

grupos sospechosos. La figura del inmigrante constituye un caso claro de “*personaje imaginario*”, que se construye por las cualidades imaginadas que se le asignan y no por sus características objetivas. Se le define como tal a partir de atributos aplicados desde fuera, a la manera de un estigma y un principio denegatorio (Delgado, 1999: 33). Sus rutinas, actividades, costumbres y prácticas, son enmarcadas dentro de un prejuicio que refuerza su imagen estereotipada, asociada a la pérdida de “los valores de la comunidad”¹² y al aumento de la inseguridad y la violencia.

Por otro lado, como ya hemos indicado, en la actualidad el espacio experimenta notables transformaciones derivadas del desarrollo de las tecnologías de punta aplicadas a las telecomunicaciones. Megalópolis, ciudades pequeñas e incluso asentamientos dispersos están enlazados a través de redes informáticas, señales de radio, televisión y telefonía, que transmiten información, mensajes, noticias, etcétera. Puesto que la realidad del espacio está en proceso de cambio, ya no debemos seguir identificándolo sólo en su materialidad física o territorial (aunque ésta siga y seguirá siendo fundamental como soporte de las prácticas sociales). En este contexto, el ser urbano, como propone Silva (2007), ya no requiere vivir en una ciudad, sino compartir el espacio social propio de lo urbano como construcción cultural, y ese espacio puede ser electrónico o virtual y no por ello menos simbólico. No se trata de soslayar la importancia del espacio físico, de las sedes donde se despliega la vida social –sean calles, mercados, plazas, centros comerciales, estadios, cafés, cantinas, etcétera–, sino de relevar la pertinencia de otros *sitios* que, sin ser materiales (o quizá precisamente por carecer de materialidad), permiten la existencia de comunidades sin proximidad física, que utilizan las formas del espacio social propias de la Posmodernidad, como constructoras de sentidos, significados e imaginarios urbanos colectivos.

La televisión –según ha advertido Jesús Martín-Barbero– permite experimentar la ciudad hecha más de flujos, de circulación e información, reduciendo la necesidad de los encuentros cara a cara. Para entender el atractivo tan poderoso que ejerce este medio es necesario considerar los procesos y situaciones que motivan a la gente a resguardarse en el ámbito doméstico, en el cual busca la seguridad y protección derivadas de sus imaginarios maléficos en los cuales la ciudad es un

¹² Un ejemplo de la pérdida de valores imputado a los inmigrantes se aprecia en el imaginario sobre las jóvenes cubanas que llegan a Mérida. Este imaginario, construido por las meridianas casadas –de sectores sociales medios y altos–, juzgaba peligrosas para la estabilidad de sus matrimonios a las antillanas, al suponer –de forma estereotipada– que *todas* esas chicas estaban interesadas en conseguir marido pudiente para residir legalmente en el país. Más allá de los casos que confirmaron esa situación, la importancia de tal representación radica en su fuerza al ser compartido por amplios sectores urbanos, y expresar la inseguridad y ansiedad latentes en esa sociedad.

espacio cargado de violencia y riesgo (Martín-Barbero, 2004: 293). Siguiendo a Martín-Barbero, si la televisión atrae es porque la calle expulsa, y es la ausencia de espacios –calles y plazas– para la comunicación lo que hace de ese medio algo más que un mero instrumento de ocio, constituyéndose en un lugar de concurrencia, “de encuentros vicarios con el mundo, con la gente y hasta con la ciudad en que vivimos” (Martín-Barbero, 2004: 294).

Por otra parte, es pertinente considerar la importancia del espacio virtual constituido por bits y señales. En nuestra investigación sobre el uso de la Internet entre los jóvenes mericanos (Fuentes, Gamboa y Rosado, 2002), hemos constatado que ciertas páginas son sitios de encuentro e interacción entre los jóvenes de determinado grupo social, que se comportan como tribus urbanas al compartir rasgos sociales y culturales. De tal modo, un espacio virtual como *Yukas.com* compete con espacios públicos de la Modernidad –parques y calles– donde se realizan prácticas urbanas de socialización e identificación. El sitio estudiado es un espacio desterritorializado –con ciertas características de espacio público– que permite la dislocación entre tiempo y espacio, y desde donde se construyen y proyectan imaginarios estereotipados –incluso maléficos– sobre los jóvenes del norte y sur de la ciudad de Mérida.

No sabemos de *blogs* o sitios que den particular cuenta de imaginarios maléficos en nuestro país, sin embargo hemos podido verificar la relevancia del correo electrónico como medio para compartir mensajes relativos a casos de criminalidad en la esfera urbana. Tales mensajes –comúnmente enviados o reenviados por amigos– tienen el propósito de alertar o prevenir a los conocidos sobre situaciones, personas, procedimientos y lugares donde ocurren asaltos o robos en su ciudad¹³ y presentan una estructura narrativa que se asemeja a la de las “leyendas urbanas”.

Hemos visto que, debido a la sensación de ansiedad y miedo cada vez más generalizada, el espacio público pierde protagonismo como sede de las prácticas urbanas. Los ciudadanos se refugian cada vez más dentro del ámbito doméstico, haciendo del hogar una suerte de fortaleza y castillo donde buscan la paz y la seguridad, frente a una urbe que se imagina y se percibe como anárquica y violenta. En este contexto, el desarrollo de la telefonía ha producido una gran transformación en el sentimiento de inseguridad urbana, dando lugar a un cambio de escala o

¹³ Un correo electrónico que recibimos cerca de 50 colegas de nuestra universidad en 2006 advertía del caso de una persona foránea que manejaba un vehículo con placas de otro estado. El sujeto abordaba y ofrecía a jóvenes del norte de Mérida ropa y perfumes importados que traía supuestamente para un desfile de modas que se había cancelado. Para no llevarlos de nuevo a la capital, buscaba venderlos a menos de la mitad de su precio de mercado. Una vez que despertaba el interés por las gangas, llevaba a sus clientes al estacionamiento de un conocido hipermercado del norte de la ciudad para mostrarles la mercancía y los asaltaba con arma de fuego.

desterritorialización de la misma. Hoy toda persona que disponga de teléfono fijo o móvil es una víctima potencial, ya que puede recibir en cualquier lugar y momento una llamada –local o de larga distancia– mediante la cual le avisan de algún familiar secuestrado y lo extorsionan para pagar su rescate si desea verlo de nuevo con vida. Esta situación conocida como “secuestro virtual” –señalada por Aguilar (2007) para el caso de la Ciudad de México– ha sido copiada por el crimen organizado, extendiéndose con leves variantes a muchas ciudades del país.

El llamado secuestro virtual adquirió gran notoriedad como un problema de seguridad pública en México a finales de noviembre de 2007. Radio, televisión y prensa difundieron la noticia de que por lo menos 14 diputados fueron extorsionados, vía telefónica, mientras se encontraban en sesión dentro del recinto de San Lázaro. Cinco de ellos cortaron la llamada cuando comenzaron a ser amedrentados y los nueve restantes se mantuvieron en línea de acuerdo con los informes que posteriormente dio a conocer la Procuraduría General de la República. La sucesión de llamadas amenazadoras creó pánico y psicosis entre los diputados involucrados; incluso una legisladora debió ser atendida en su banca por un desmayo. La presidenta de la Cámara Baja, Ruth Zavaleta, hizo la revelación y minutos después determinó suspender la sesión (Franco, 2007).

Lo anterior permitió conocer que las extorsiones a los legisladores en la Cámara de Diputados eran apenas la punta del iceberg de las 112 800 amenazas virtuales que se intentaron en 2007 sólo en el Distrito Federal. Datos del Consejo para la Ley y los Derechos Humanos, A. C. revelan que, en diversos penales del país, operaban al menos 240 bandas de extorsionadores, y que 14 de las más activas se encontraban en el Distrito Federal. Dicho organismo dio a conocer que del 1° de enero de 2001 a noviembre de 2007, 52 460 personas perdieron entre 1 000 y 30 000 pesos, por el pago de las extorsiones, y en ese periodo el monto obtenido por los extorsionadores ascendió a 186 620 000 pesos (Franco, 2007).

Cabe aclarar que nuestro énfasis en las transformaciones del espacio derivadas de la tecnología, que han producido medios y “sitios” donde circulan mensajes y narrativas que influyen en la construcción de la ciudad imaginada, no debe interpretarse como un desconocimiento de la importancia que revisten los espacios físicos, en particular los espacios públicos. Las diferentes formas de representarlos ayudan a establecer una pertenencia al territorio, entendido como la base espacial que da soporte al reconocimiento de las personas y objetos con los que conviven y con los que se identifican. Lo anterior constituye las experiencias de territorialidad que, según Lindón, “dan cuenta de la relación del sujeto con el territorio, relación que se establece desde la subjetividad social” (2001: 18). Sin embargo, los pobladores y los medios de comunicación atribuyen diversas representaciones

e imaginarios a sitios que se encuentran dentro del territorio, de tal forma que éstos pueden poseer atributos asociados a la inseguridad y a la violencia.

Una vez definido, reconocido y demarcado un territorio, los pobladores ubican en él los lugares con mayor frecuencia delictiva, entre los cuales están los espacios públicos: calles, paraderos, parques, plazas, mercados, estaciones de autobuses, etcétera, a los que se les atribuyen características de suciedad o inseguridad, debido a la falta de vigilancia, pero fundamentalmente por la gran cantidad y heterogeneidad de usuarios.

Parte de estos lugares e instalaciones se ubican en los centros históricos, algunos de los cuales en varias ciudades todavía mantienen diversos usos y funciones: comercio fijo, servicios, gestión, actividades culturales, esparcimiento, etcétera, a las que se suman los vendedores ambulantes que invaden sus calles, el tránsito vehicular, la contaminación y el ruido. Por ello, a diferencia de otros distritos –que alojan centros comerciales para sectores medios y altos–, los centros históricos presentan una mayor heterogeneidad social resultado de la diversidad de sus usuarios: obreros, oficinistas, amas de casa, turistas, estudiantes, indígenas y desempleados, entre otros. Así, el centro aparece imaginado como espacio conflictivo donde conviven la diferencia, la heterogeneidad y, por ello, es percibido como peligroso e inseguro.¹⁴

En consecuencia, no debe sorprender que los constructores del “nuevo espacio público” traten precisamente de reducir esa heterogeneidad y esa alteridad percibidas como amenaza. Así, la proliferación de los centros comerciales –*malls*– como espacios imaginados que ofrecen mayor seguridad es una clara evidencia del significado que han adquirido los imaginarios urbanos maléficos, los cuales son representaciones sociales compartidas por grandes colectivos de ciudadanos de América Latina que han transformado físicamente nuestras urbes.

Por último, en la construcción de los imaginarios maléficos es adecuado considerar la variable tiempo. El miedo cambia según los tiempos y lugares y existen franjas horarias a lo largo de la jornada diaria que implican mayor riesgo de ser víctima de una agresión. La noche es, sin duda, el lapso que genera mayor posibilidad de cierto tipo de actos delictivos, ya que conlleva condiciones propicias, por ejemplo menos vigilancia, menor tránsito de personas y vehículos, y poca iluminación.

¹⁴ En su estudio de Bogotá, Armando Silva encontró que las mujeres, los jóvenes y particularmente los sectores populares (con más de 50% de las marcaciones) percibían la zona central como insegura y preferían evitarla (2003: 118-120). Fuentes (2005) muestra que la mayor parte de meridianos de sectores medios declararon como inseguras diversas calles y zonas ubicadas en el centro de la ciudad debido al congestionamiento de personas y vehículos.

Si bien es conveniente distinguir entre “el miedo *a la noche*”, relacionado con lo ancestral (oscuridad, monstruos y demonios), y “el miedo *en la noche*”, asociado con la vida moderna de las ciudades (crímenes, asaltos, secuestros), los dos parecen responder a una fusión histórica que, a diferencia de siglos pasados, da lugar a la construcción de imaginarios maléficos (Silva, 2007: 78).

Por ello, como se ha comprobado en las investigaciones del proyecto Ciudades Imaginadas, se observa una notable diferencia en la cantidad de personas que acuden y utilizan a lo largo del día los centros históricos de las principales capitales de América Latina. Se ha encontrado que sus ciudadanos desocupan sus centros históricos al caer la noche debido al miedo de ser víctimas de la violencia urbana. Las cifras son claras: 350 000 personas frecuentan el centro de Quito durante el día y 75 000 por la noche; en el Distrito Federal las cifras oscilan entre cinco millones y un millón, respectivamente; y se aprecian circunstancias similares en Lima, Bogotá, São Paulo y todas las ciudades del proyecto coordinado por Silva (2007).

La menor proporción de personas que utilizan los centros históricos por las noches obedece a que la mayor parte de las oficinas, comercios, servicios, etcétera, ubicados en esos lugares dejan de laborar al caer la tarde. Sin embargo, a partir de nuestras experiencias en el estudio de la ciudad de Mérida, hemos advertido que es también resultado de los imaginarios maléficos que, debido al tipo de personas que lo frecuentan, señalan a los espacios centrales como menos seguros una vez que oscurece.

Bibliografía

Aguilar Díaz, Miguel Ángel

1998 “Espacio público y prensa urbana”, en Néstor García Canclini (coord.), *Cultura y comunicación en la Ciudad de México. Segunda parte. La ciudad y los ciudadanos imaginados por los medios*, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)/Grijalbo, México, pp. 84-125.

2007 “México D.F. imaginado”, en A. Silva (dir.), *Imaginarios urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos*, Fundación Antoni Tapies, Barcelona, pp. 138-139.

André, Christophe

2005 *Psicología del miedo. Temores, angustias y fobias*, Kairós, Barcelona.

Araya Umaña, Sandra

2002 *Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión*, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)-Costa Rica (Cuaderno de Ciencias Sociales 127), San José.

Arriagada, Irma

- 2002 “Seguridad ciudadana y violencia en América Latina”, en Fernando Carrión (ed.), *Seguridad ciudadana, ¿Espejismo o realidad?*, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 109-138.

Berger, Peter y Thomas Luckmann

- 1979 *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

Burgos, Jorge y Patricio Tudela

- 2002 “Seguridad ciudadana en Chile: los desafíos de la participación y la modernización para una política pública”, en Fernando Carrión (ed.), *Seguridad ciudadana, ¿Espejismo o realidad?*, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 475-502.

Concha-Eastman, Alberto

- 2000 “Violencia urbana en América Latina y el Caribe: dimensiones, explicaciones, acciones”, en Susana Rotker (ed.), *Ciudadanías del miedo*, Rutgers University/Nueva Sociedad, Caracas, pp. 39-53.

Delgado, Manuel

- 1999 *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*, Anagrama, Barcelona.

- 2007 “Ciudadano mitodano”, en A. Silva (dir.), *Imaginario urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos*, Fundación Antoni Tapies, Barcelona, pp. 179-187.

Franco, Luciano

- 2007 “La Cámara suspende sesión por amenazas telefónicas”, miércoles 28 de noviembre <http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_nota=335279>.

Fuentes, J., J. Gamboa y M. Rosado

- 2002 “Yukas.com, ciberespacio y prácticas sociales de jóvenes meridianos”, en *Anuario de Espacios Urbanos*, UAM-Azcapotzalco, México, pp. 277-296.

Fuentes Gómez, José

- 2000 “Imágenes e imaginarios urbanos: su utilización en los estudios de las ciudades”, en *Ciudades*, año 12, núm. 46, abril-junio, Red Nacional de Investigación Urbana (RNIU), Puebla, pp. 3-10.

- 2005 *Espacios, actores, prácticas e imaginarios urbanos en Mérida, Yucatán, México*, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida.

Fuentes Gómez, José y Jorge Morales

- 2007 “El proyecto Imaginario Urbanos y algunos contactos académicos”, en A. Silva (dir.), *Imaginario urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos*, Fundación Antoni Tapies, Barcelona, pp. 97-99.

Fuentes Gómez, José y Magnolia Rosado

- 2006 “Segregación urbana, violencia e inseguridad; prensa y construcción de imaginarios sociales en Mérida, Yucatán, México”, ponencia presentada en el

XII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social, Ciudadanías de la Incertidumbre, Comunicación, Poder y Subjetividad, Bogotá, septiembre.

Goffman, Erving

1996 *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires [1963].

Lacarrière Mónica y Verónica Pallini

2007 *Buenos Aires Imaginada*, Universidad Nacional de Colombia, Convenio Andrés Bello, Buenos Aires.

Lamy, Brigitte

2006 “Sociología urbana o sociología de lo urbano”, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 21, núm. 1, enero-abril, El Colegio de México, México, pp. 211-225.

Leal Suárez, Luisa

1999 “El papel de los medios de comunicación en la construcción de las representaciones sociales en torno a la inseguridad ciudadana”, en *Espacio Abierto*, vol. 8, núm. 3, Maracaibo, pp. 389-401.

Lindón, Alicia

2001 “El significado del espacio urbano en la experiencia del sujeto”, en *Ciudades*, núm. 49, RNIU, Puebla, pp. 15-20.

Lindón, Alicia y Daniel Hiernaux

2007 “Imaginaris urbanos desde América Latina. Tradiciones y nuevas perspectivas”, en A. Silva (dir.), *Imaginaris urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos*, Fundación Antoni Tapies, Barcelona, pp. 157-167.

López Portillo Vargas, Ernesto

2004 “Reflexiones sobre la construcción de realidades”, en Marco Lara Klahr y Ernesto López Portillo Vargas (coords.), *Violencia y medios. Seguridad pública, noticias y construcción del miedo*, Instituto para la Seguridad y la Democracia/ Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México, pp. 21-38.

Mandoky, Katia

1998 “Desarraigo y quiebre de escalas en la Ciudad de México. Un problema de semiosis y estética urbana”, en *Anuario de Espacios Urbanos*, UAM-Azcapotzalco, México, pp. 195-218.

Martín-Barbero, Jesús

2004 “Bogotá: los laberintos urbanos del miedo”, en Patricio Navia y Marc Zimmerman (coords.), *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo (des)orden mundial*, Siglo XXI Editores, México, pp. 293-307.

Milanesio, Natalia

2001 “La ciudad como representación, imaginario urbano y recreación simbólica de la ciudad”, en *Anuario de Espacios Urbanos*, UAM-Azcapotzalco, México, pp. 15-33.

Mora, Martín

- 2002 “La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici”, en *Athenea Digital*, núm. 2 <<http://antalya.uab.es/athenea/num2/mora.pdf>>.

Moscovici, Serge

- 1997 “Des représentations collectives aux représentations sociales: éléments pour une histoire”, en Denise Jodelet, *Les représentations sociales*, Presses Universitaires de France (PUF), París.

Niño Murcia, Soledad

- 1998 *Territorios del miedo en Santa Fe de Bogotá. Imaginarios de los ciudadanos*, Observatorio de Cultura Ciudadana/Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- 2002 “Eco del miedo en Santafé de Bogotá e imaginarios de sus ciudadanos”, en Jean Delumeau (comp.), *El miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural*, Región, Medellín, pp. 189-211.

Noceti, María Belén

- 2005 “Organizaciones fuertes. Presentación y decisión en el devenir de las políticas públicas dirigidas a niños en riesgo social en la provincia de Buenos Aires”, en *e-l@tina, Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, vol. 2, núm. 11, Buenos Aires <<http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm>>.

Olmo, Rosa del

- 2000 “Ciudades duras y violencia urbana”, en *Nueva Sociedad*, núm. 167, mayo-junio, pp. 74-86 <http://www.nuso.org/upload/anexos/foro_232.pdf>.

Ortiz, Renato

- 1998 *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Convenio Andrés Bello, Tercer Mundo Editores, Bogotá.

Pardo Abril, Neyla

- 2006 “Presentación”, en Instituto de Estudios en Comunicación (Ieco) (comp.), *Proyectar imaginarios*, Ieco-Universidad Nacional de Colombia/Sociedad Cultural La Balsa, Bogotá, pp. 13-20.

Pintos, Juan Luis

- 2006 “Comunicación, construcción de realidad e imaginarios”, en Ieco (comp.), *Proyectar imaginarios*, Ieco-Universidad Nacional de Colombia/Sociedad Cultural La Balsa, Bogotá, pp. 23-66.

Reguillo, Rossana

- 1998 “Imaginarios globales, miedos locales, la construcción social del miedo en la ciudad”, ponencia presentada en el IV Encuentro de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (Alaic), Ciencias de la Comunicación: Identidades y Fronteras, Universidad Católica de Pernambuco, 11-16 de septiembre, Recife <<http://www.eca.usp.br/alaic/Congreso1999/2gt/Rossana%20Reguillo.doc>>.

- 2006 “Los miedos contemporáneos: sus laberintos, sus monstruos y sus conjuros”, en José Miguel Pereira y Mirla Villadiego (eds.), *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 25-54.

Romero Vázquez, Bernardo

- 2005 “Inseguridad y percepción ciudadana”, en Elsa Patiño Tovar y Jaime Castillo Palma (comps.), *Inseguridad, riesgo y vulnerabilidad. 3er. Congreso Internacional: Balance y Perspectivas del Análisis Territorial*, RNIU/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), Puebla, pp. 145-152.

Rotker, Susana

- 2000 “Ciudades escritas por la violencia (A modo de introducción)”, en Susana Rotker (ed.), *Ciudadanías del miedo*, Rutgers University/Nueva Sociedad, Caracas, pp. 7-22.

Silva, Armando

- 1986 *Graffiti: una ciudad imaginada*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
 1992 *Imaginario urbano. Bogotá y São Paulo. Cultura y comunicación urbana en América Latina*, Tercer Mundo Editores, Bogotá.
 2003 *Bogotá imaginada*, Universidad Nacional de Colombia, Convenio Andrés Bello/Taurus, Bogotá.
 2007 “Imaginario en América Latina: archivos”, en A. Silva (dir.), *Imaginario urbano en América Latina: urbanismos ciudadanos*, Fundación Antoni Tapies, Barcelona, pp. 33-95.

Vergara Figueroa, Abilio

- 2001 “Horizontes del imaginario. Hacia un reencuentro con sus tradiciones investigativas”, en Abilio Vergara Figueroa (coord.), *Imaginario: horizontes plurales*, BUAP/Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), México, pp. 11-83.
 2003 *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano. Québec, La Capitale*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta)/ENAH-Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)/Association Internationale des Études Québécoises/Commission de la Capitale Nationale du Québec, México.